

COMENTARIO

Era el día de Reyes. Es decir, de reyes, no... Porque eso de que fueran reyes los tres magos, esto es, sacerdotes, que del Oriente llegaron, guiados por una estrella, a ofrecer al Niño Jesús oro y mirra e incienso, no pasa de ser una versión, que ni leyenda, popular. Como es leyenda extraevangélica lo de que se llamasen Melchor, Gaspar y Baltasar y que el uno de los tres fuese negro. Leyendas, más o menos piadosas, y nada más. El Evangelio (Mat. II) sólo nos habla de tres magos, y como rey nada más que Herodes. Los magos, que no reyes, aparecieron desde Oriente—oriente de Judea—, preguntando dónde estaba el nacido rey de los judíos, y al oírlo se turbó el otro rey, el de este mundo, el rey Herodes, y toda Jerusalén con él, y llamó a hurtadillas a los magos, que no reyes, para informarse del tiempo en que se les apareció la estrella y les mandó a Belén a que buscaran al niño y se lo anunciaran para que él también, Herodes, fuese a adorarle, a adorar al niño. ¿Con qué intención?

No eran, pues, reyes los tres magos, sino que eran magos y no reyes. Reyes eran, Herodes en un sentido, y el Niño Jesús en otro. Y el de la tierra habló de ir a adorar al del cielo.

Que ningún malicioso de los que antaño leían aquel «Cencerro», redactado por la familia de la mujer del general Luque, suponga que al hablar del Niño hemos tenido presente a lo que aquel papel solía llamar la Niña; es decir, la República.

Y no es que no supongamos que no haya reyes que se llamen a sí mismos republicanos y se muestren dispuestos a adorar a la Niña. De Alfonso XII, el Pacificador—¿no habíamos quedado en que con este epíteto pasaría a los manuales de historia de España para uso de los Institutos oficiales?—, de Alfonso XII, el Restaurador, se dice que solía decir que era republicano. Y de algún otro hemos oído contar que alguna vez ha dicho que no tendría inconveniente en ser presidente de la República en que se convirtiera su reino. Que es algo así como si en una República agitada por conspiraciones de carácter monárquico—más o menos restaurador—dijese el presidente de ella: «Por mí no hay inconveniente en que se implante la Monarquía; estoy dispuesto a ser rey, dispuestísimo!»

Era, pues, el día de los llamados Reyes. Era el día de los Magos. Cruzábamos en tren las estepas de Castilla la Vieja resignados bajo un sudario de nieve. En una estación castellana tuvimos que estar detenidos de noche siete horas, que eran las que traía de retraso el tren salido de la villa y corte de los milagros, de la del oso y el madroño. (Parece ser que el oso solía emborracharse con el fruto del madroño y tenderse luego a dormir la borrachera, por lo cual resultaba un oso inofensivo.) Y era la noche mágica en que los niños aguardan que les traigan los reyes—los magos son reyes para los niños y su magia realza—el aguinaldo. Nosotros no habíamos puesto nuestros zapatos a la portezuela del coche del tren ni los pusimos en la estación. Nosotros no esperábamos mágico aguinaldo.

Era el día de los magos. Y cruzábamos las tierras del Duero, las tierras del Cid, contemplando el manto de la nieve. Burgos, cabeza de Castilla, se nos apareció velada tras la niebla que surgía de la nieve. Los compañeros de viaje hablaban del retraso de los trenes, de las dos horas de parada en medio de la estepa, sin saber por qué; de la falta de calefacción y, sobre todo, de que los empleados de la línea no sabían nada, nunca sabían nada, no sabían cuándo se llegaría ni si se llegaría. Unos tronaban contra los empleados, otros contra la Compañía, todos contra el país. Todos acababan diciendo: «¡Este país!... ¡Este país!... ¡Es un escándalo!» Sólo uno, un optimista—no sabemos si profesional o de nación o nacimiento, porque los hay de las dos clases—, protestaba contra eso diciendo: «¡No; a lo que no hay derecho es a estar tocando siempre la trompeta del juicio final!» Y se arrebujaba en su manta.

Nosotros pensábamos en esos pueblos previsores que al estallar el actual conflicto—que lo mismo alcanza a beligerantes que a neutrales—se incautaron de las líneas férreas. Y pensábamos en ese fatídico y, en el fondo, torcido tópico de que aquí el Estado es el peor administrador. Lo que no es cierto. No es cierto que el Estado sea el peor administrador, ni mucho menos. Eso es falso.

Mas aun siéndolo, la desidia administrativa del Estado redonda, en ciertos casos, en provecho del pueblo. Si el Estado, administrando una línea férrea, verbigracia, obtiene de ella menos beneficios que una Compañía particular, lo más de esa falta de beneficios va a beneficiar al pue-

blo, aunque algo vaya a hábiles medianeros. Y la línea no anda peor. Las líneas que administra el Estado no andan peor que las otras. Y sus empleados andan mejor que los empleados de las otras, de seguro. Tengan o no más sueldo, tienen más libertad. El Estado deja en más libertad a sus empleados. Y les respeta más. Hay ocasiones en que son estos empleados, sobre todo si tienen uso de armas, los que no respetan al Estado.

Era el día de magos y cruzábamos Castilla la Vieja en un tren retrasado, muy retrasado. Y parece que, a la larga, lo más del retraso proviene de que la Compañía del Norte, esta Nerón colectivo—esta sinrazón insocial—, quiere destruir las Juntas de Defensa—o de resistencia, que es igual—de sus empleados. Y pensábamos que el Estado va también con retraso, con mucho retraso, no con horas ni con días, sino con años de retraso. Hace tres años y medio que está parado en medio de la estepa y de un furioso temporal de fuego, de fuego purificador, que no de nieve, alrededor. Está parado en aguarde, que no espera, de que el temporal cesase. Y los viajeros murmuran: «¡Este país!... ¡Este país!... ¡Es un escándalo!...»

Miguel de Unamuno.

Logroño, al día siguiente del día mágico de 1918.

